

CAPITULO LIX.

FORMACION DE UN EJÉRCITO DEFENSOR DE LA SANTA SILLA.—

LAMORICIERE.

ROMA carecía de ejército propio. La garantía moral de las potencias católicas le bastaba en tiempos normales para mantener á raya las pasiones de los turbulentos, que en ningun tiempo ni en ningun pueblo pueden faltar. Empero, desde que los gobiernos pactaron con la revolucion impía y, proclamando unos y acatando otros el principio de *no intervencion*, dejaron al débil á completa merced del fuerte, la prudencia exigió que el Papa tuviera defensores propios. En vista de la peligrosa situacion en que colocaron al pontificado las vacilaciones de sus amigos y la osadía de sus adversarios, resolvióse la organizacion de un ejército pontificio reclutado en todos los países de la tierra.

La idea que precedió á semejante paso no fue sin duda la posibilidad de la victoria contra un ejército numeroso como el del Piamonte, engrandecido por las anexiones, sino la de poner á la capital del orbe á cubierto de un golpe de mano y la de protestar con la resistencia á las fuerzas invasoras.

Roma vió llegar dentro de su recinto sagrado numerosas falanges de ardorosos creyentes, dispuestos á sacrificar la vida en defensa de los derechos de la Iglesia.

Á propuesta de Mons. de Merode, fue nombrado caudillo de los nuevos cruzados el general Lamoricière. Las virtudes militares y cristianas de que era dechado le indicaban para ocupar el honorífico, al paso que espinoso puesto, que Su Santidad le señaló.

El día de Pascua de 1860, que era en aquel año el 8 de abril, Lamoricière dirigió por primera vez su enérgica palabra al ejército romano. El tono varonil de la proclama del augusto caudillo, la concision y enerjía de su profesion de



EL GENERAL LAMORICIERE.

fe cristiana, la brillante defensa y apología de la causa religiosa que en pocas palabras trazó, le recomendaron á la opinion de los hombres honrados de todos los partidos. (1)

El ilustre capitán desplegó una actividad extraordinaria; necesitábase un carácter decidido, firme, incansable para organizar un ejército compuesto de soldados pertenecientes á diversas naciones; bien que la unidad de espíritu y aspiraciones de los cruzados facilitaba extraordinariamente la disciplina.

Francia envió una multitud de sus mas distinguidos hijos á la defensa de la santa bandera; los condes de Gontaut y de Pimodan, el vizconde de Woé, Mr. de la Rochefoncauld-dondeanville, el duque de Bisaccia, descendiente de los Montmerency, el conde de Bourbon-Chalux y otros y otros representaron en el nuevo ejército la aristocracia tradicional de la nacion de san Luis. La Bélgica, la Holanda, la Suiza, y hasta algunas repúblicas de América, enviaron al Papa su contingente militar. Cada cruzado, como hace observar un historiador, partía de su casa sin saber si era precedido ó si sería secundado por muchos compatriotas, ó si no pudiendo reclutarse número suficiente para constituir un núcleo de defensa, iba tan solo á exponerse á una silva general. Impulsados, no por la ambicion del lucro ni de la gloria, si únicamente por el sentimiento nacido de su fe, absteníanse de calcular la inmensidad del peligro; bastábales oír de una manera perceptible la sagrada voz del deber.

Una considerable mayoría de los alistados abandonaron la conveniencia de una ventajosa posición para fraternizar con los hijos de mas modesta fortuna; convenia, escribió Mr. Saint-Albin, que en aquel ejército hubiese muchos ricos para confundir de antemano el calificativo calumnioso de mercenarios que la revolucion iba á lanzar sobre ellos; y para que viera el mundo que eran víctimas voluntarias, holocaustos de la fe y de la caridad; y convenia que tambien hubiese pobres á la sombra de la bandera pontificia, puesto que Dios señaló á los pobres una parte distinguida en toda empresa cristiana. Conviene que ricos y pobres se presenten confundidos aunados en el ejército de la fe, mientras que la revolucion divide á los hombres, encendiendo en el corazón de los que están abajo la envidia y el odio é inflamando un ciego furor contra todo lo que domina.

En pocos días quince mil hombres estuvieron reunidos al mando de Lamoricière, que gozaba ya de prestigio bastante para inspirar á los soldados y jefes la mas decidida confianza.

No tardaron en surgir incidentes lamentables que pusieron á prueba el

(1) Aquella proclama estaba concebida en los siguientes términos:

«Llamado por Su Santidad el Papa Pio IX para conferirme el honor de mandaros en la defensa de sus deseos desconocidos y amenazados, no he vacilado en volver á desenvainar mi espada.

«El eco de la gran voz que no ha mucho, desde las alturas del Vaticano anunció al mundo los peligros que corría el patrimonio de san Pedro, conmovió á los católicos, cuya emoción se extendió inmediatamente á todos los confines de la tierra.

«Es que el Cristianismo no es solamente la Religion del mundo civilizado, sino tambien el principio y hasta la vida de la civilización; el Pontificado es la clave del Cristianismo. Todas las naciones cristianas tienen hoy al parecer conciencia de estas grandes verdades que constituyen nuestra fe.

«La revolucion, como en otro tiempo el islamismo, amenaza actualmente á la Europa, y hoy como entonces la causa del Papa es la de la civilización y de la libertad del mundo.

«Soldados, tened confianza y creed que Dios sostendrá nuestro valor á la altura de la causa cuya defensa encarga á nuestras armas.— El general comandante en jefe, Lamoricière.»

valor y la decision de las tropas pontificias. El partido piemontés incitaba al Gobierno cada dia con mas ahinco á ocupar otra seccion de los Estados romanos. Necesitábase un pretexto cualquiera, y se encontró fácilmente. Víctor Manuel intimó al Papa el licenciamiento de su ejército defensor (1), propuesta indigna é inmotivada. Quince mil hombres para defender un trono amenazado por ochocientos mil, no podian ser ningun motivo formal de temor. La pretension fue rechazada con noble energía. Entonces los piemonteses se creyeron autorizados para invadir parte del territorio pontificio que permanecia fiel.

Víctor Manuel dirigió á las potencias un *memorandum* explicativo de su conducta (2).

(1) Hé ahí la respuesta del cardenal Antonelli al *ultimatum* del Gobierno piemontés:

«Excelentísimo Señor: Sin tener en cuenta el medio de que se ha valido para que llegara á mí su carta del 7 del corriente, he querido fijar calmamente mi atención sobre cuanto me exponeis en ella, en nombre de vuestro Soberano, aunque me es imposible disimular que para ello he debido hacerme enérgica violencia. Los nuevos principios de derecho público, que se sientan en vuestra representación me dispensarian, en verdad, toda respuesta, por estar en abierta oposicion á todos los que vienen siendo constantemente reconocidos por los Gobiernos de todos los países.

«Sin embargo, herido en lo mas vivo de mi alma, por las inculpaciones formuladas contra el Gobierno de Su Santidad, no puedo menos de rechazar luego el cargo odioso á la vez que infundado y á todas luces injusto, lanzado contra las tropas recientemente organizadas por el Gobierno pontificio, y de declarar incalificable la pretension de desconocer el derecho del Gobierno pontificio y todo otro Gobierno de tener á su servicio tropas exirangeras; puesto que es innegable que muchos Gobiernos en Europa las tienen. Y á este propósito me parece oportuno hacer notar aquí que, atendido el carácter de que se halla revestido el soberano Pontífice, Padre comun de todos los fieles, le pone mas á cubierto, si cabe, de criticarle que á ningun otro soberano, si admite en su milicia á cuantos, procedentes de todas las partes del mundo católico, vienen á ofrecérsele para apoyar y defender á la Santa Silla y á los Estados de la Iglesia.

«Nada mas falso é injurioso que atribuir á las tropas pontificias los deplorables desórdenes acontecidos en los Estados de la Santa Silla. No hay necesidad de cuestionarlo; la historia ha consignado ya quiénes eran y de dónde venian las tropas que han forzado violentamente la voluntad de los pueblos, y los artifices que han trabajado en perturbar una gran parte de la Italia, y en arruinar lo que hay de mas inviolable y sagrado en derecho y en justicia.

«En cuanto á las consecuencias que se pretende sacar de la legítima accion de las tropas de la Santa Silla para reprimir la rebellion de Perusa, lo mas lógico fuera echar la responsabilidad á los que, desde el extranjero han provocado la revuelta; y vos sabeis perfectamente señor Conde, dónde esta revuelta ha sido combinada, de dónde han venido el dinero, las armas y los elementos de todos géneros, de dónde han partido las órdenes de insurreccion.

«Por lo tanto, procede calificar de calumnioso todo lo que ha sido propalado por un partido hostil al Gobierno de la Santa Silla, contra sus tropas, y de declarar que las imputaciones articuladas contra sus jefes no son menos calumniosas en lo que tienden á presentarles como los autores de amenazas provocadoras y proclamas propias á excitar una fermentacion peligrosa.

«Vuestra Excelencia terminaba su penible despacho invitándome, en nombre de su Soberano, á ordenar el inmediato desarme y licenciamiento de nuestro ejército. Esta invitacion viene acompañada de la especie de amenaza de parte del Piemonte en caso de una negativa de impedir la accion de las tropas pontificias por medio de las tropas reales.

«Hay aquí algo que me abstengo de calificar. La Santa Silla rechaza indignada semejante propuesta, sintiéndose fuerte de su derecho legítimo y apelando al derecho de gentes, bajo cuya égida ha vivido hasta hoy la Europa, cualesquiera que por otra parte sean las violencias á las que pueda verse expuesta sin haberlas provocado, y contra las cuales, desde ahora, en cumplimiento de mi deber protesto altamente en nombre de Su Santidad.

«Soy con los sentimientos de distinguida consideracion.—Card. Antonelli.

«Roma 11 de setiembre de 1860.»

(2) *Memorandum del Gobierno piemontés:*

«La paz de Villafranca, asegurando á los italianos el derecho de disponer de su suerte, ha colocado las poblaciones de muchas provincias del norte y del centro de la Península en el uso de sustituir á los gobiernos sometidos á la influencia extranjera el gobierno nacional de Víctor Manuel.

«Esta grande transformacion se ha operado con un orden admirable, y sin que en ella reci-

Los valientes confesores que, en alas de su devocion á la Iglesia, habian volado á defenderla, pudieron comprender que estaba cercana la hora del martirio.

biera el menor quebranto ninguno de los principios sobre los que descansa el orden social. Los acontecimientos de la Emilia y de la Toscana han probado á la Europa que los italianos, lejos de sentirse trabajados por sentimientos anárquicos, no aspiraban á otra cosa que á ser regidos por instituciones libres y nacionales. Si tamaña transformacion se hubiera extendido á toda la Península la cuestion italiana estaria hoy resuelta. Lejos de ser para la Europa causa de temores y peligros, la Italia seria en adelante un elemento de paz y de conservacion. Por desgracia la paz de Villafranca no se extendió mas que á una parte de Italia, dejó á Venecia bajo la dominacion del Austria, y nada cambió en la Italia meridional y en las provincias que permanecieron bajo el dominio de la Santa Silla...»

El *memorandum* se ocupaba de la cuestion de Venecia y de la de Nápoles, á cuya revolucion llamaba «prodigiosa y casi providencial», y á cuyo fautor, que como es sabido fue Garibaldi, calificaba de «guerrero ilustre, cuyas hazañas gloriosas recuerdan lo que la poesia y la historia refieren de mas sorprendente.» Y viniendo á la cuestion romana, que es la que á nuestro caso atañe, proseguía:

«El Gobierno romano, para impedir las manifestaciones de los sentimientos nacionales, de que están animados los pueblos, empleó el poder espiritual que la Providencia le ha confiado, con un fin mucho mas grande que el asignado al gobierno político.

«Pintando á las poblaciones católicas la situacion de Italia con colores sombríos y falsos, haciendo un llamamiento apasionado al sentimiento, ó mejor, al fanatismo que todavia ejerce mucho imperio en ciertas clases poco ilustradas de la sociedad, pudo reunir dinero y hombres reclutados de todas las partes de la Europa, y formar un ejército compuesto exclusivamente de individuos extranjeros, no solo á los Estados romanos sino al resto de la Italia.

«Estaba reservado á los Estados romanos ofrecer en nuestro siglo el extraño y doloroso espectáculo de un Gobierno reducido á mantener su autoridad sobre sus súbditos por medio de extranjeros mercenarios, ciegos por el fanatismo ó alentados por el atractivo de promesas irrealizables.

«Tales hechos provocan el mas alto grado de indignacion en los italianos, que han conquistado la libertad y la independencia. Llenos de simpatía por sus hermanos de la Umbría y de las Marcas manifiestan en todas ocasiones deseos de cooperar al término de un estado de cosas, que es un ultraje á los principios de justicia y humanidad, y que verdaderamente hiere al sentimiento nacional.

«Aunque participando de esta dolorosa emocion el Gobierno del Rey, creyó hasta ahora deber impedir toda tentativa desordenada para librar los pueblos de la Umbría y de las Marcas del yugo que les oprime. Mas no puede disimular que la irritacion creciente de las poblaciones no podrá contenerse por mucho tiempo sin acudir á la fuerza y tomar medidas violentas. Por otra parte, habiendo triunfado ya en Nápoles la revolucion, ¿seria posible detenerla en la frontera de los Estados romanos, donde la llaman abusos no menos graves que los que han precipitado irremisiblemente en Sicilia á los voluntarios de la alta Italia?»

«Á los clamores de los insurrectos de las Marcas y de la Umbría la Italia entera se ha conmovido. No hay fuerza capaz de impedir que millares de italianos, desde el norte unos, y otros desde el mediodía, acudan en auxilio de sus hermanos amenazados de desastres, comparables á los de Perusa.

«Si el Gobierno del Rey permaneciera impasible en medio de esta universal corriente, se colocaria en evidente oposicion con el país. La efervescencia generosa que los acontecimientos de Nápoles y Sicilia han producido en las muchedumbres, pronto degenerarian en desorden y anarquía.

«Posible seria entonces, y hasta probable, que el movimiento regular operado hasta hoy, tomase de repente el carácter de la violencia y de la pasion. Cualquiera que sea el poder de las ideas de orden en los italianos, hay provocaciones á las cuales los pueblos, hasta los mas civilizados, no saben resistir. Por cierto seria mas digno de lástima, que de reprobacion, el que por primera vez se dejaran arrastrar á reacciones violentas, que traerian las mas funestas consecuencias. Cuéntanos la historia, que pueblos que están hoy al frente de la civilizacion han cometido, bajo el imperio de causas menos graves, los mas deplorables excesos.

«El Gobierno del Rey seria culpable ante la Italia, no menos que ante la Europa, si dejara la Península sujeta á tamaños peligros.

«Faltaria á sus deberes, respecto á los italianos, que han escuchado siempre los consejos de moderacion que se les han dado, y que le han confiado la alta mision de dirigir el movimiento nacional.

«Faltaria á sus deberes respecto á la Europa, pues ha contraído con ella el compromiso moral de no permitir que el movimiento italiano degenerara en anarquía y desorden.

«Para cumplir con este doble deber el Gobierno del Rey, desde que las poblaciones insurrectas de la Umbría y de las Marcas le han enviado diputaciones en demanda de proteccion,

El día 10 de setiembre las tropas del rey de Cerdeña pasaron las fronteras de los Estados del Papa, sin previa declaración de guerra, sin alegar ninguna razón de aparente gravedad.

se ha apresurado á concedérsela. Al propio tiempo ha enviado á Roma un Comisionado para pedir al Gobierno pontificio el alejamiento de las legiones extranjeras, de las que no podría servirse para ahogar las manifestaciones contiguas á nuestras fronteras sin obligarnos á intervenir en su favor.

«Ante la negativa de la Corte romana de avenirse á nuestra demanda, el Rey ha dado órdenes á sus tropas de penetrar en la Umbría y en las Marcas con la misión de restablecer el orden y de dejar libre campo á las manifestaciones de los sentimientos patrios.

«Las tropas reales deben respetar escrupulosamente Roma y sus cercanías. Mas concurrirán, si llegara la necesidad, á preservar la residencia del Padre Santo de todo ataque y amenaza, puesto que el Gobierno del Rey sabrá conciliar siempre los grandes intereses de la Italia con el respeto debido al Jefe augusto de la Religión, á la que el país está sinceramente adicto.

«Obrando de esta suerte, tiene la convicción de no herir los sentimientos de los católicos ilustrados, que no confunden el poder temporal que la Corte de Roma ha ejercido en un período de su historia con el poder espiritual que es la eterna é inquebrantable base de su autoridad religiosa.

«Nuestras esperanzas van todavía más lejos. Abrigamos la confianza de que el espectáculo de la unanimidad de sentimientos patrióticos que explotan hoy en toda la Italia, recordará al Soberano Pontífice que fue él, algunos años atrás, el sublime inspirador de este grande movimiento nacional. La venda que ante sus ojos tendieron consejeros animados por intereses temporales será rasgado; y entonces, reconociendo que la regeneración de Italia entra en los designios de la Providencia, volverá á ser el Padre de los italianos como no ha cesado jamás de ser el Padre augusto y venerable de todos los fieles.

«Turín 11 de setiembre de 1860.»

Protesta del cardenal Antonelli en contestación al memorandum del Gobierno piemontés.

Vaticano 18 de setiembre de 1860.—El infrascrito Cardenal, secretario de Estado, siente profunda pena al verse precisado á llamar la atención de los representantes de las potencias extranjeras acreditadas acerca de la Santa Silla, sobre cosas cada día más tristes. Pero la fuerza de las circunstancias es tan grave, y de tal manera inaudita la impetuosidad de la violencia que se emplea para con el más pacífico de los soberanos, el Jefe augusto de la Iglesia, que no puede dispensarse de dirigirles la presente comunicación, con tanto más motivo cuanto al deber de su ministerio se agrega la expresa orden que ha recibido de Su Santidad.

Desde el día en que tuve el honor de remitir á VV. SS. la nota del 12 del corriente, el Gobierno piemontés, continuando su marcha por el camino de las hostilidades contra el Gobierno de la Santa Silla, sin ninguna especie de provocación por parte de esta, ha impulsado á mano armada, la revuelta contra la autoridad legítima de la Santa Silla, á fin de hacerse dueña de las provincias que después de la usurpación de las Romanías habían permanecido fieles.

«El Gobierno pontificio, fuerte en su derecho, ha hecho y está haciendo todos los esfuerzos posibles, por medio de sus escasas tropas, para cortar la impetuosidad de esta invasión; empero la preponderancia de fuerzas enemigas es tan desproporcionada, que se hace imposible sostener por mucho tiempo la defensa. Después de la ocupación de Pesaro, los piemonteses han preso al delegado apostólico, blanco de terribles ultrajes, y al comandante que sostuvo el ataque é hizo frente á la defensa de la ciudad. Por otra parte un cuerpo numeroso ha atacado á Perugia, que después de haber rechazado un vigoroso asalto, se ha visto en la precisión de rendirse, quedando prisionero el general comandante en jefe y el resto de la guarnición. El cuerpo invasor se ha dirigido hácia Poligno y llegado á Espoleto. Orvieto ha sido tomado por los voluntarios del Piamonte, que amenazan á Viterbo.

«De esta manera el Padre Santo ve arrebatarle poco á poco por la fuerza, todos sus dominios que son patrimonio de la Iglesia y de los católicos, no obstante de que S. M. el Emperador de los franceses haya declarado al Piamonte que se opondría como adversario á la reciente agresión, que rompería todas las relaciones con el Gobierno si no le daba este la seguridad de que la intimación hecha al Gobierno de la Santa Silla no tendría resultados, y por consiguiente, que el ejército sardo no atacaría á las tropas pontificias.

«En este estado de cosas, el infrascrito Cardenal reclama y protesta en nombre de Su Santidad contra los actos destructivos de todo derecho humano y sagrado, y como á perjudiciales á la independencia del Soberano Pontífice y á la integridad del dominio temporal, de que se halla investido, para bien de la Religión y de la Iglesia, y que ha poseído legítimamente desde tantos siglos.

«Suplica por tanto á V. S. ponga en conocimiento de su augusto soberano esta reclamación

Pesaro y Urbino no tardaron en rendirse; Perugia sucumbió al furor de las hordas del nuevo Átila; Fano no pudo resistir al empuje de fuerzas centuplicadas á las suyas; en Tobi los rebeldes introducidos de antemano se pronunciaron en favor de los italianos.

En vista de la arrogante actitud y violenta acción de los soldados del Piamonte, el cardenal Antonelli dirigió á las potencias la siguiente protesta, que al mismo tiempo contiene una historia autorizada de los atropellos consumados en aquellos días.

«Causa pena al infrascrito Cardenal Secretario de Estado el transmitir siempre á los representantes acreditados cerca de la Santa Sede tristes y dolorosos argumentos; pero las circunstancias son graves, y la violencia que se usa con el más pacífico de los Soberanos, Cabeza augusta de la Iglesia, es tan inaudita, que no puedo dejar de dirigiros la presente comunicación, tanto más cuanto que al deber de mi ministerio se une el mandato expreso de Su Santidad.

«Después de cuanto tuve el honor de exponer á V. S. en la nota del 12 del corriente, el Gobierno piemontés, procediendo en su empresa de hostilidad contra el Gobierno de la Santa Sede, sin que este le haya provocado en modo alguno, añadiendo atentados á atentados, con su ejército ha extendido la rebelión contra su legítima autoridad, para arrebatarle las provincias que después de la usurpación de las Romanías quedaron sujetas al Gobierno pontificio.

«Fuerte la Santa Sede en su derecho, ha hecho y hace esfuerzos, merced al valor del escaso número de sus tropas para detener el ataque; pero es tan desproporcionada la prepotencia de las fuerzas enemigas, que se hace de todo punto imposible prolongar la defensiva.

«Ocupada Pesaro, hicieron prisionero al delegado pontificio, que sufrió toda clase de insultos, así como al comandante que sostuvo el ataque y justa defensa. Por otra parte, un numeroso cuerpo atacó á Perugia, la cual después de haber rechazado un vigoroso asalto, se vió obligada á ceder quedando prisionero el general comandante con la guarnición. Siguió su marcha el enemigo á Foligno y á Espoleto. Orvieto fue invadida por los voluntarios que, obrando por cuenta del Piamonte, amenazaron atacar á Viterbo.

«Esta es la razón porque el Padre Santo ve desaparecer poco á poco todos sus dominios, que son el patrimonio de la Iglesia y de los católicos, *no obstante haber declarado el Emperador de los franceses al Piamonte que se opondría á la invasión, y que rompería sus relaciones con el Gobierno piemontés.*

«En este estado el Cardenal Secretario en nombre de Su Santidad reclama y protesta contra los actos destructores de todo sagrado y humano derecho, como atentatorios á la independencia del Supremo Jerarca, y á la integridad de los dominios temporales, de cuya soberanía la Providencia ha dispuesto, para bien de la Religión y de la Iglesia, que se halle revestido, y de la que desde muchos siglos hace había tomado legítima posesión.

«Ruego á V. S. se sirva poner en conocimiento de su augusto Soberano esta

y protesta. Los principios de justicia, de orden y de moralidad que á todos los príncipes importa sostener y defender para la solidez de los tronos, hacen confiar que se pondrá un dique á este espíritu de usurpación que, pisoteando todas las leyes, extiende el desorden por medio de tropas armadas en los Estados ajenos para consumir injustas expoliaciones en detrimento de la soberanía legítima. Y lo que inspira al Padre Santo mayor confianza es la idea de que se dará oído al clamor de los millares de católicos esparcidos por todo el orbe y que piden con insistencia el término de las angustias y calamidades con que se ha arrojado al Padre comun.

«El infrascrito aprovecha etc.—Antonelli.»